

**EL PRIMER EXILIO DE ISABEL II
VISTO DESDE LA PRENSA VASCO-FRANCESA
(Pau, septiembre-noviembre 1868)**

**AN INSIGHT INTO THE FIRST EXILE OF ELIZABETH II
FROM THE FRENCH BASQUE PRESS PERSPECTIVE
(Pau, September-November 1868)**

María José Vilar García
Universidad de Murcia

Entregado el 4-2-2011 y aceptado el 8-9-2011

Resumen: Documentada aportación al exilio de Isabel II, incidente sobre la etapa inicial del mismo (Pau, septiembre-noviembre de 1868), no estudiada hasta el momento, pero que condiciona y anticipa en sus rasgos básicos el largo exilio de la reina en París durante 36 años hasta su tardío fallecimiento en 1904. Se hace un seguimiento de ese primer exilio día tras día a través de las fuentes documentales y hemerográficas disponibles (y muy especialmente de la prensa de Pau y del Departamento de los Pirineos Atlánticos, fuente no utilizada hasta ahora por la historiografía incidente sobre esta temática), con aportación de nuevos datos e informaciones.

Palabras clave: Isabel II, Napoleón III, España, Francia, Euskadi, Departamento de los Pirineos Atlánticos, San Sebastián, Pau, París, exilio, septiembre-noviembre 1868.

Abstract: This is a well-documented contribution to the exile of Elizabeth II that touches upon its initial phase (Pau, September-November 1868). Indeed, a period not studied so far but that determines and anticipates, to a great extent, the long exile of the queen in Paris for 36 years until her late death in 1904. This study keeps track of that first exile day by day through some available documentary and hemerographic sources (especially those ones related to the

press of Pau and the Atlantic Pyrenees Department, a hitherto unused source on the part of historiographers specialized in this issue). In short, new data and information are thus provided to shed some further light on the subject matter.

Key words: Elizabeth II, Napoleon III, Spain, France, the Basque Country, the Atlantic Pyrenees Department, San Sebastian, Pau, Paris, exile, September-November 1868.

Planteamiento

El largo exilio de Isabel II en Francia entre su derrocamiento en septiembre de 1868 y su tardío fallecimiento en 1904 es temática insuficientemente indagada, atraída la atención de los numerosos biógrafos de la reina y de los estudiosos de la etapa isabelina por la actuación de aquella durante su dilatado y complejo reinado, habiendo otorgado lógicamente tratamiento marginal a sus años de destierro. Igual sucede con los especialistas en emigraciones políticas en el siglo XIX, por haber considerado *a priori*, aunque no siempre con acierto, otras temáticas como de superior relevancia, o desalentados por la complejidad del asunto, dada la muy prolongada duración del exilio isabelino, y por la gran dispersión de las fuentes a consultar, con los problemas e incomodidades que ello conlleva.

Y sin embargo ese exilio y la actuación de la ex-reina, aparte su interés intrínseco —es la 2.^a vida de Isabel II, destronada con 38 años de edad y que viviría otros 36 en el destierro— es también determinante en no pocos aspectos del acontecer español coetáneo. Así de la dinámica interna e internacional del ciclo revolucionario que arranca con el destronamiento de Isabel II bajo el impacto de la Septembrina, y que se cierra seis años después con el fracaso final de ese ciclo en enero de 1874, y también y sobre todo es determinante de la restauración del régimen borbónico en la persona del hijo de Isabel, Alfonso XII, y luego de la viabilidad y consolidación del nuevo sistema —la Restauración—, llamado a perdurar, en circunstancias no siempre fáciles, por espacio de más de medio siglo. Exactamente durante 57 años —hasta abril de 1931—, siendo hoy por hoy el régimen político de más larga duración en la historia española contemporánea.

Proyectamos una aproximación global a la temática de referencia, acorde con el Proyecto de Investigación que nos permitió acceder recientemente a una plaza del Profesorado Titular en Historia Contemporánea en la Universidad de Murcia. Tal Proyecto se traducirá en dos monografías sucesivas: *El primer exilio de Isabel II (Pau, septiembre-noviembre de 1868)*, etapa inicial que precede a la definitiva instalación de Isabel II en París, y en la que se perfilan y anticipan los rasgos característicos de su larga permanencia de 36 años en la capital francesa; y *El exilio de Isabel II (1868-1904)* o exilio propiamente tal contemplado en su conjunto, que cubre un tercio de siglo de historia contemporánea española.

Con la presente aportación, previa a la primera de las dos monografías mencionadas, pretendemos hacer una reconstrucción de ese primer exilio a través de la prensa vasco-francesa, fuente no utilizada hasta el momento con tal objeto, y que amplía y complementa las fuentes diplomáticas disponibles tanto francesas como españolas conservadas en las Secciones de Correspondencia Política y Consular del parisino Ministère des Affaires Étrangères y del madrileño de Asuntos Exteriores y Cooperación, así como en otras instituciones similares francesas, españolas, británicas e italianas, comenzando por el Archivo Histórico Nacional, el General de Palacio y el de la R. Academia de la Historia, los tres en Madrid, además de en otras instituciones públicas y privadas, y en diferentes fuentes impresas y testimonios coetáneos. Un empeño ese que dejamos para más adelante. Por lo demás tal documentación es un material ya utilizado en diversa medida, y por tanto en parte conocido, en diferentes estudios referidos a Isabel II, su reinado y etapa posterior, comenzando por las numerosas biografías de la reina, cuya sola enumeración resulta casi inacabable, por lo que mencionaremos solamente algunas de las más recientes, que nos remiten a las restantes disponibles. Entre otras las suscritas por Isabel Burdiel¹, Jorge Vilches², Germán Rueda³, José Luis Comellas⁴, Ricardo de la Cierva⁵, Eduardo G. Rico⁶, Rafael Olivar Bertrand⁷, Carmen Llorca⁸ o José M.^a Moreno Echevarría⁹.

Hay que decir, sin embargo, que el tratamiento del exilio isabelino en esa y la restante bibliografía existente es, por lo general, marginal por las razones ya apuntadas. A destacar la bien ajustada aproximación al tema por Isabel Burdiel, con que cierra su amplia e innovadora biografía de Isabel II¹⁰, y el denso y bien documentado análisis global del autodesierto

¹ *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Taurus, Madrid, 2010. De la misma autora, véase, también: *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*. Espasa-Calpe, Madrid, 2004, que remite a otras aportaciones de la misma sobre aspectos específicos del reinado isabelino.

² *Isabel II. Imágenes de una reina*, Síntesis, Madrid, 2007.

³ *Isabel II*, Arlanza, Madrid, 2001.

⁴ *Isabel II. Una reina y un reinado*, Ariel, Barcelona, 1999.

⁵ *Vida y amores de Isabel II. El Triángulo*, Fénix, Madrid, 1999.

⁶ *La vida y la época de Isabel II*, Planeta, Barcelona, 1999.

⁷ *Así cayó Isabel II*, Sarpe (Destino), Madrid, 1986.

⁸ *Isabel II y su tiempo*, Istmo, Madrid, 1984.

⁹ *Isabel II. Biografía de una España en crisis*, Ediciones 29, Barcelona, 1973.

¹⁰ I. Burdiel, *Isabel II. Una biografía...*, op. cit., pp. 808ss.

isabelino contenido en el estudio de Juan B. Vilar sobre las emigraciones políticas españolas contemporáneas¹¹. No obstante lo dicho, las referencias en una y otra monografía al primer exilio de Isabel II en Pau no pretenden ir más allá de la escueta noticia, e igual sucede con las aportaciones francesas disponibles, a alguna de las cuales me referiré seguidamente. Lo mismo cabe decir de la restante bibliografía existente —el paso de la ex-reina Isabel por Pau suele despacharse en uno o dos párrafos—, incluidas las dos breves pero clarificadoras síntesis de Manuel Espadas Burgos sobre el exilio isabelino¹².

Por nuestra parte, y sin perjuicio de recurrir a fuentes documentales y bibliográficas diversas, fundamentamos la presente aportación en el sistemático vaciado y consulta de otras fuentes hemerográficas que aportan información nueva sobre la etapa inicial del exilio isabelino. Concretamente la prensa del actual Departamento de los Pirineos Atlánticos —País Vasco-francés y por extensión el Béarn o antigua Navarra francesa—. A saber: el *Mémorial des Pyrénées*¹³, órgano semioficial del mencionado Departamento —entonces Département des Basses Pyrénées—, que editado en Pau, capital de la región, y con subsedes en Bayona, Orthez y Oloron, fluctuaba entre boletín oficial y diario de información, siendo el periódico de máxima circulación en todo el Suroeste francés; *L'Indépendant des Basses-Pyrénées*, también editado en Pau y como su nombre indica de orientación independiente frente al sistema bonapartista oficial, y concretamente de tendencias demócratas-republicanas¹⁴; y otros tres periódicos complementarios de los anteriores, pero de menor circulación: *La Chronique de Pau*, más bien revista cultural¹⁵; el *Glaneur d'Oloron et des Basses-Pyrénées*¹⁶ y *Le Liberal Bayonnais*¹⁷, ambos entre periódicos de

¹¹ J.B. Vilar, *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, Síntesis, Madrid, 2006, pp. 259-268 (hay 2.^a ed.: Madrid, 2012).

¹² Manuel Espadas Burgos, *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*. Escuela de Historia Moderna (C.S.I.C.), 1975, pp. 71-72 (hay 2.^a ed.: Madrid, 1992); *ibidem*, «Isabel II: los años del exilio», en Juan Sisinio Pérez Garzón (ed.), *Isabel II. Los espejos de la reina*, Marcial Pons, Madrid, 2004, pp. 299-318.

¹³ *Mémorial des Pyrénées. Journal Politique, Littéraire, Industriel, Judiciaire et d'Annonces*, Pau, 1868.

¹⁴ *L'Indépendant des Basses-Pyrénées*, Pau, 1868.

¹⁵ *La Chronique de Pau. Journal Littéraire, Artistique et d'Annonces*, Pau, 1868.

¹⁶ *Glaneur d'Oloron et des Basses-Pyrénées. Journal Historique, Littéraire, Agricole, de Jurisprudence et d'Annonces*, Oloron, 1868.

¹⁷ *Le Liberal Bayonnais*, Bayonne, 1868.

noticias y revistas culturales, publicados en Oloron y Bayona, respectivamente. Otros, también consultados, como el *Courrier de Bayonne* o el *Mercur de Orthez*, no nos han proporcionado noticias reseñables.

Las fuentes aquí aportadas contienen información nueva hasta el momento desconocida, sobre la etapa inicial del exilio isabelino, dado que no han sido utilizadas, y ni siquiera citadas, por la historiografía francesa referida a esta temática tales como las biografías de Gustave Hubbard, Pierre de Luz y Pierre H. de La Blanchetal sobre Isabel II de España¹⁸. Bien es cierto que en sus obras apenas se refieren a la breve pero fundamental estancia de la ex-soberana española en Pau, que ellos miden por su corta duración que no por su alcance y trascendencia.

Finalmente otra observación adicional referida a las fuentes. Son heterogéneas, como se indica ya en el título del artículo, con las limitaciones que ello conlleva. Pero aportan información de interés por su novedad, que hemos contrastado y ampliado con otras inéditas e impresas sobre igual temática. En consecuencia creemos no haber confundido lo que se dice con la realidad objetiva.

Eso sí, al tratarse de informaciones de prensa, se centran más en los aspectos externos de la actuación de Isabel durante la breve pero hasta el momento casi ignota fase inicial de su emigración, que en los entresijos profundos de su exilio, los cuales no se suscitarán con nitidez en Pau sino en los años de estancia en París. Por ello, sin perjuicio de referirnos a los mismos en la medida en que se manifiesten en la etapa estudiada, no son objeto de la presente aportación introductoria sino de la posterior investigación que proyectamos, más amplia temática y cronológicamente.

En Lequeitio y San Sebastián

Bien entrado el verano de 1868 la reina Isabel, su familia y séquito marcharon a la villa vizcaína de Lequeitio para disfrutar de su acostum-

¹⁸ Véanse Gustave Hubbard, *Règne d'Isabelle II (1843-1868)*, vol. II, t. VI de *Histoire Contemporaine de l'Espagne*, G. Charpentier, Libr.-Ed., París, 1883, pp. 209-211 (el exilio de Isabel); Pierre de Luz, *Isabelle II. Reine d'Espagne*. Libr. Plon, París, 1934, pp. 279-280 —traducción castellana: *Isabel II, reina de España (1830-1904)*, Ed. Juventud, Barcelona, 1943 (hay reeds.)—; Pierre H. de La Blanchetal, *Isabelle II, reine d'Espagne*, Ed. Plon, París, 1934.

brada temporada estival en le litoral vasco-cantábrico. Como siempre, la estancia de la soberana y su corte en el balneario resultó ser de lo más grato y apacible. «La temperatura en Lequeitio —referirá en 5 de septiembre el corresponsal del *Mémorial des Pyrénées*, allí destacado desde Pau¹⁹— es realmente agradable, y la familia real, cada vez más complacida con tan excelente retiro, proyecta prolongar su estancia hasta el 10 de septiembre». Y añade: «La reina distribuye su tiempo entre las audiencias, el paseo, su tratamiento balneario, y la atención de los asuntos de España con los consejeros que la rodean. Los señores Roncali²⁰ y Marfori²¹ son quienes gozan de su favor. No parece inminente el cambio de Ministerio».

Sin embargo tal cambio se rumoreaba, y el nombre que sonaba para presidir el nuevo gobierno era José Gutiérrez de la Concha, marqués de La Habana. Por tanto la crisis ministerial no fue consecuencia de la Septembrina, sino que estaba prevista con anterioridad, como también el sustituto del *premier* Luis González Bravo. El pronunciamiento de Cádiz y consiguiente revolución no hizo sino precipitar los acontecimientos.

Antes del levantamiento, aunque Gutiérrez de la Concha era el candidato que parecía contar con más posibilidades, no carecía de inconvenientes ni de enemigos que le hacían cerrada oposición. «El marqués de La Habana —subraya la misma fuente²²—, aunque militar, cuenta entre los capitanes generales con tantas antipatías como González Brabo —sic—. Por tanto me permito afirmar sin temeridad que la hora de los hermanos Concha²³ todavía no ha llegado, suponiendo que llegue algún día. Existe una intriga seria al objeto de preparar la opinión para ese cam-

¹⁹ *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 5 de septiembre de 1868. Más información en María José Vilar, «Sobre la estancia de Isabel II en Lequeitio y San Sebastián (verano de 1868), en vísperas de su destronamiento y exilio. Una documentación inédita». *Letras de Deusto*, vol. 41, núm. 130 (Bilbao, enero-marzo de 2011), pp. 209-217.

²⁰ Joaquín Roncali, marqués de Roncali, ministro de Estado entre 15 de junio y 19 de septiembre de 1868 en el Gobierno presidido por Luis González Bravo. *Vid.* José Ramón Urquijo Goiha, *Gobiernos y ministros españoles (1808-2000)*, C.S.I.C. Madrid, 2001, pp. 62, 306.

²¹ Carlos Marfori, intendente de Palacio y ex-ministro de Ultramar y Marina. Protegido y amante de Isabel II.

²² *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 5 de septiembre de 1868.

²³ Manuel y José Gutiérrez de la Concha, marqueses del Duero y de La Habana, respectivamente.

bio ministerial proyectado, pero me consta por buena fuente que los poderosos enemigos del teniente general José [de la] Concha trabajan en contrarrestar esos ambiciosos planes, y creerme que ofrecerán fuerte resistencia. Nada más puedo decir».

Por lo demás, según nuestro informante, en los balnearios del entorno se hallaba la misma gente de distinción que los frecuentaba todos los años, y nada indicaba cambio político inminente en España. Igual sucedía en los situados al otro lado de la frontera. El reportero francés alude en concreto al de Arechavaleta. «El marqués de Barzanallana²⁴ y sus hijos han llegado —refiere²⁵—, y se hallan [allí] todavía. Y permanecerán hasta mediados de septiembre la duquesa de Medinaceli y su familia, y el coronel Jacobo de la Pezuela²⁶».

Por su parte Luis Napoleón Bonaparte —Napoleón III— y su esposa la emperatriz Eugenia —la granadina Eugenia de Montijo, condesa de Teba—, como de costumbre, pasaban parte de la temporada estival en Biarritz. En la «Villa Eugénie» que la emperatriz se hiciera construir en la playa inmediata a esa localidad y a la frontera española. Desde ella solían organizar excursiones en coche descubierto, casi siempre acompañados del general Castelnau, ayudante de campo del emperador; de D'Auribeau, prefecto de los Bajos Pirineos; y de Tisserand, administrador general del Patrimonio Imperial. Todos ellos acompañantes también del emperador en sus desplazamientos por asuntos de estado en la región e intermediaciones.

La prensa de Pau²⁷ daba por segura una entrevista entre los regios soberanos de ambos países, similar a las que tuvieran lugar otros años en circunstancias parecidas. Se decía que Isabel II y su corte pasarían de Lekeitio a San Sebastián, donde permanecería tres días para recibir al monarca francés y a su esposa. Aunque tal visita no había sido anunciada todavía oficialmente, parecía indicarla, por ejemplo, el hecho de que el jefe de gobierno Luis González Bravo, que acompañaba a los reyes en su estancia en el País Vasco, hubiera retrasado su regreso a Madrid contra lo que estaba previsto, al objeto de asistir a la recepción de sus ilustres visi-

²⁴ Manuel García-Barzanallana, anteriormente tres veces ministro de Hacienda en gabinetes moderantistas (hasta febrero de 1868).

²⁵ *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 5 de septiembre de 1868.

²⁶ Descendiente directo de Manuel de la Pezuela, marqués de Viluma y último virrey del Perú.

²⁷ *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 7-17 de septiembre de 1868.

tantes, siendo probable que permaneciera con ellos unas fechas más para luego regresar todos juntos a Madrid. Sobre todo si tenía lugar un viaje rápido de Isabel y su esposo a Biarritz, del cual también se hablaba, al objeto de corresponder a la visita regia francesa.

Fijada la fecha de la entrevista para el 18 de septiembre en San Sebastián, Isabel II, su familia y comitiva abandonaron Lequeitio para instalarse en la capital guipuzcoana. No lo hicieron en el Ayuntamiento u otro edificio público, como tampoco en un hotel, sino en la mansión de cierto doctor Maten. Por circunstancias diversas la visita de Luis Napoleón y su mujer se demoró unos días, y finalmente no tuvo lugar en vista de los sucesos revolucionarios españoles²⁸.

En efecto el 18 de septiembre, el día previsto de la entrevista regia, tuvo lugar el levantamiento del vice-almirante Juan Bautista Topete con la escuadra a su mando, surta en la bahía de Cádiz. Fue el punto de arranque de una generalizada insurrección acaudillada por los generales Juan Prim y Francisco Serrano, líderes de los partidos Progresista y Unionista, comprometidos en el pronunciamiento anti-isabelino, a los que se sumó el Partido Demócrata, tradicional izquierda antidinástica. Los demócratas proporcionaron amplio apoyo popular, que dio al que en principio pudiera pasar por un pronunciamiento militar más, visos y carácter de auténtica revolución.

La prensa departamental de los Bajos Pirineos, como la restante prensa francesa, hizo un seguimiento detallado, día a día, de los acontecimientos de España. Pero aquella, además, con informaciones de primera mano sobre el acontecer en la improvisada corte isabelina de San Sebastián. Sobre todo el *Mémorial des Pyrénées*, cuyos corresponsales en la urbe vasca, y sus informaciones²⁹, fueron referente obligado de la restante prensa francesa, sin perjuicio de que otros periódicos departamentales y nacionales también destacaran allí sus agentes.

El telégrafo, en mayor medida que las crónicas y reportajes de prensa, posibilitaba a los periódicos disponer de una información puntual y cotidiana de cuanto acontecía en el círculo isabelino de San Sebastián. En efecto, se supo que al día siguiente de la insurrección de Cádiz, de la que Isabel II tuvo noticia inmediata, González Bravo presentó su dimisión a la reina en el palacio donde se alojaba ésta, dimisión que le fue aceptada. Un

²⁸ *Ibidem*, id.

²⁹ *Ibidem*, 18 de septiembre de 1868ss.

nuevo gobierno, en realidad gabinete de crisis, fue constituido bajo la presidencia de José Gutiérrez de la Concha, marqués de La Habana, gabinete previsto desde tiempo atrás, y que se apresuró a trasladarse a Madrid para hacer frente a la insurrección. De todo ello se haría eco la prensa de Pau y localidades inmediatas, así como de las reticencias de Napoleón III, so pretexto de neutralidad, a adquirir compromiso alguno respecto a un régimen que se daba ya por caído.

Entre noticia y noticia los reporteros franceses destacados en San Sebastián entretenían a sus lectores con reportajes sobre las frivolidades presentes o pasadas atribuidas a Isabel II y a varios de los personajes de su entorno. Sobre todo en relación con Carlos Marfori, el intendente de palacio inseparable de la reina por ser desde tiempo atrás su amante estable. Más que los propios reyes, Marfori atraía la atención de periodistas y curiosos tanto donostiarras como desplazados desde el otro lado de la frontera. «Su nombre —anotará un enviado especial de *Le Libéral Bayonnais*³⁰— está en todas las bocas». Refiere que las miradas de una multitud siempre al acecho escudriñaba las ventanas de la residencia regia con curiosidad morbosa para intentar descubrir al otro lado no ya a la reina, al rey consorte, al príncipe Alfonso o las infantas, sino al protegido o valido de la soberana. Y cuando se vislumbraba la figura de un hombre de mediana edad, macizo y fornido, la expectación era total. «Debe ser Marfori, y lo es en efecto —anotará el reportero de Bayona³¹— (...), un robusto, gallardo y un tanto rudo personaje, bien plantado, ancho de espaldas, que lleva vigorosamente el peso de sus cincuenta años (...). El servicio de una reina como Isabel exige un hombre sólido y fuertemente constituido...».

Por el contrario, información más seria, aunque incompleta, se detecta en la prensa francesa consultada. Noticias referidas a las intensas gestiones que tenían lugar en la corte isabelina en relación con los sucesos españoles; a los desabridos debates internos en la misma sobre lo que convenía o no hacer; al acuerdo final de tomar un tren especial para retornar a Madrid, según aconsejaba desde la capital el marqués de La Habana con insistentes telegramas; al rechazo por Isabel de la opinión general que le aconsejaba prescindir en ese retorno de su asesor y amante Marfori; y al cambio repentino de planes en 21 de septiembre cuando se hallaban ya

³⁰ *Le Libéral Bayonnais* (Bayonne), 1 de octubre de 1868.

³¹ *Ibidem*, id.

a bordo del tren especial, a la vista de las alarmantes noticias sobre los progresos revolucionarios, noticias que les eran telegrafiadas desde Madrid, incidencias todas ellas de las que Napoleón III era informado por sus agentes en España³², y de las cuales también se hace eco la Embajada española en París³³.

Días más tarde —30 de septiembre— Isabel y su regia comitiva optaron por tomar otro tren, el que habría de conducirles al exilio. A Biarritz concretamente, en cuya estación estaba previsto que les aguardaría Napoleón III, su esposa y el príncipe imperial.

Para entonces la estancia en San Sebastián se hacía insufrible para la ya ex-reina y su séquito, temerosos de algún evento imprevisto. Sobre todo tras conocerse el definitivo triunfo insurreccional en Alcolea y por tanto el carácter irreversible de la situación revolucionaria. Una realidad que se palpaba en el ambiente. Sobre todo en la actitud fría y distante adoptada por el pueblo respecto a Isabel y sus acompañantes. «A medio día la reina ha ido a oír misa en la catedral —referiría un periodista francés en una de sus crónicas³⁴—. Como en días precedentes, la multitud concentrada a su paso, ha estado fría y silenciosa. Ni un solo viva, ni una sola aclamación, ni una sola expresión de simpatía. El solo sentimiento que parecía animar a la muchedumbre era la curiosidad. Tan solo algunos sollozos de niños venían a romper de cuando en cuando tan monótono silencio».

Igual frialdad popular la acompañó al subir a bordo del tren especial que la condujo a Francia, no obstante la despedida oficial que se le hizo al son de la «Marcha Real». Silencios profundos que tampoco lograron romper algunos pocos vítores aislados, y que no dejaron de causar decepción y congoja en la ex-soberana, según lo hizo notar a sus acompañantes, llevada de su natural espontaneidad. Situación embarazosa que no escapó a la atención de los observadores presentes. «Es cierto que el silencio de los pueblos es la lección de los reyes —referirá uno de ellos, periodista, a sus lectores³⁵—. Isabel II acaba de recibir en San Sebastián uno de los más crueles que jamás ha sido propinado a una testa coronada».

³² AMAE, Sec. Espagne, CP, leg 883ss (1868).

³³ AMAE, Sec. Estado (Embajadas y Legaciones), París, leg 1519ss; y Sec. Política (Francia), leg. 2458ss (1868).

³⁴ *Le Libéral Bayonnais* (Bayona), 29 de septiembre de 1868.

³⁵ *Ibidem*, 30 de septiembre de 1868.

El trayecto San Sebastián-Hendaya-Biarritz-Bayona-Pau

El viaje de la comitiva regia hasta Hendaya, entre la expectación general de vecinos al paso del tren por pueblos y aldeas, transcurrió sin incidencias reseñables. Salvo que al llegar a Irún permaneció allí parte del séquito y se retiraron los alabarderos que servían de escolta, y pasada la frontera, al apearse la reina en Hendaya entre la multitud de curiosos que aguardaba en la estación, alguien, en un descuido, le cortó un trozo del vestido de seda gris que llevaba, sin que ella se inmutara³⁶.

En Hendaya les aguardaba el general Castelnau, enviado de Napoleón III; el ex-ministro y ex-jefe del gobierno conde de San Luis y una representación de la Embajada de España en París. El tren llegó sobre las 11 de la mañana, e Isabel y su séquito bajaron al andén, donde se hallaba dispuesto un almuerzo de treinta cubiertos. Al término de una hora corta, la regia comitiva montó en el tren especial que la «Compagnie du Midi» tenía allí dispuesto, cuya locomotora fue conducida personalmente por el ingeniero Courbatère, llegando sin novedad a Biarritz, en cuya estación de La Négresse fueron recibidos por el emperador y su familia³⁷. De camino, entre las estaciones de Bidart y La Négresse —refiere Pierre de Luz³⁸— el tren de la reina se cruzó con otro de emigrados políticos de retorno a España, que saludaron a la ex-soberana con los gritos de ¡Abajo los Borbones! ¡Viva la libertad! ¡Viva la República!

Los corresponsales franceses presentes describen la regia entrevista de Biarritz como breve pero afectiva. La emperatriz y su hijo subieron a la plataforma del convoy-salón donde viajaban los reyes. La emperatriz delante, y hacia ella avanzó la reina, fundiéndose ambas en un estrecho abrazo. Los príncipes imperial y de Asturias se abrazaron asimismo, en tanto el emperador, que aguardaba en el andén, les recibió al bajar, saludó ceremoniosamente a la reina y al príncipe, y dirigió unas palabras de cortesía al rey consorte. Hecho esto, dio su brazo a la reina, don Francisco de Asís a la emperatriz, y detrás caminaron los príncipes. Pasaron todos a la sala de la estación, acondicionada al efecto. «La fisonomía de la reina Isabel —refiere un corresponsal de prensa³⁹— parece resignada e inspira serena dignidad. La de la emperatriz refleja viva simpatía». Por lo demás

³⁶ *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 1-3 de octubre de 1868.

³⁷ *Ibidem*, 3 de octubre de 1868.

³⁸ Pierre de Luz, *Isabelle II...*, op. cit., p. 279.

³⁹ *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 1 de octubre de 1868.

resaltará el «respetuoso silencio» de la «muchedumbre de curiosos» que presenció el paso por Biarritz de la ex-soberana y su séquito.

Tras breve entrevista privada de unos veinte minutos, cuyos contenidos obviamente no trascendieron a la prensa, pero de los que *a posteriori* se harían eco otras fuentes informativas, Isabel y comitiva reemprendieron viaje hasta Bayona, a donde llegaron sobre las 14,45 horas. De camino debieron debatir sobre la conversación tenida por la exreina y su marido con Napoleón III y esposa, las últimas noticias de España, su triste condición de exiliados, y el refugio temporal que el emperador francés les proporcionó en la ciudad de Pau, hasta que pudieran reubicarse definitivamente en París u otro lugar.

Al llegar a Bayona se encontraron con la grata sorpresa de una calurosa acogida dispensada por un nutrido grupo de familias españolas residentes, como también por los numerosos emigrados políticos que acudieron a cumplimentar a su reina. Entre ellos destacadas personalidades y dignatarios comprometidos con el régimen caído, que en crecido número cruzaban la frontera todos los días, anticipándose en esto a Isabel. «Hoy han llegado a Bayona —se lee en *Le Libéral Bayonnais* de 22 de septiembre— el Sr. Arrazola, ministro de Justicia con González Bravo, la hermana del rey consorte y otras notabilidades». No fueron los primeros ni, sobre todo, los últimos. Entre quienes se personaron para cumplimentar a la ex-soberana se hallaba Luis González Bravo y varios ex-ministros. Tras breve parada de un cuarto de hora, el tren reemprendió el viaje a Pau con la regia comitiva⁴⁰.

L'Indépendant des Basses-Pyrénées de 2 de octubre describe la arribada a esa ciudad de doña Isabel, familia y séquito sobre las 17,45 horas. Los reyes y sus hijos ocupaban el mismo vagón especial de la «Compagnie du Midi» —concesionaria de la línea férrea— en el que recorrieran el trayecto desde España. Los demás se repartían en diferentes vagones. A la salida de la estación les aguardaban unos carruajes. El público allí congregado les dispensó un recibimiento discreto y expectante, movido sobre todo por la curiosidad. Al paso del carruaje real algunas personas saludaron, a lo que Isabel correspondía con inclinaciones de cabeza. A su lado iba su marido con rostro inexpresivo, y en el mismo coche el príncipe y las infantas, con talantes más despreocupados como correspondía a su corta edad. También iba el prefecto Auribeau, solemne y engalanado con su uniforme oficial, en el que lucía la

⁴⁰ *L'Indépendant des Basses-Pyrénées* (Pau), 2 de octubre de 1868.

gran cruz de Isabel la Católica. Este venía acompañando a los monarcas españoles desde Bayona.

Refiere la misma fuente que la comitiva de carruajes tomó el trayecto que conducía al castillo de Enrique IV, antigua residencia de los reyes de Navarra y en donde naciera el expresado monarca francés, avanzando lentamente a la vista de un público silencioso. «Entre las personalidades del séquito —precisa⁴¹— figuraban el infante don Sebastián; el señor conde de Ezpeleta; el padre Claret, confesor de la reina; dos oficiales con uniforme del regimiento de guarnición en San Sebastián, y dos eclesiásticos llevando un saco que parecía repleto de monedas...». Y concluye así: «La actitud de nuestra población ha sido como debe ser: fría pero cortés».

A la llegada al castillo rindió honores una compañía del 58 Regimiento de Línea, de guarnición en Pau, hecho lo cual Isabel II y acompañantes accedieron al interior. La familia real española y una parte del séquito se instaló en las dependencias ocupadas en otro tiempo por el duque de Montpensier y su esposa la infanta Luisa Fernanda. El resto se acomodó en los principales hoteles y casas de huéspedes de la localidad, numerosos por ser ésta una urbe residencial en pleno pre-Pirineo, acostumbrada a recibir a los cuantiosos viajeros que llegaban hasta allí en busca de sus aires saludables y de las aguas termales de los balnearios inmediatos. Visitantes británicos y españoles principalmente, pero a su vez de otras procedencias, y por supuesto también franceses⁴².

Los proyectos inmediatos de Isabel y la duración de su estancia en Pau eran un misterio, aunque se suponía que esta última no sería larga, dado que estaría preparando el traslado a lugar más apropiado, y sobre todo menos aislado. París probablemente, como en efecto así fue, si bien también se barajaba con insistencia el nombre de Roma, donde Pío IX, que meses atrás concediera a la ex-soberana española la Rosa de Oro, máxima condecoración pontificia, en reconocimiento de sus servicios a la Santa Sede y a la Iglesia Católica en general, estaba dispuesto a acogerla de forma inmediata y sin reserva ni condición alguna.

Una opinión esa difundida desde las páginas del expresado periódico local: «Ignoramos si la reina de España residirá mucho tiempo en el castillo de Pau —se lee en *L'Indépendant* de 2 de octubre al dar noticia de la

⁴¹ *Ibidem*, id.

⁴² Sobre Pau, hacia 1868, véase una bien datada semblanza en Pierre Tucoo-Chala (ed.), *Histoire de Pau*, Editions Privat, Toulouse, 1989, pp. 172ss.

llegada a la ciudad de la comitiva regia—. En carta que nos llega de Bayona se nos da a entender que tiene la intención de retirarse a Roma. No nos resulta posible confirmarlo. Pero creemos, por múltiples razones que sería ocioso exponer, que su marcha será en breve tiempo».

Isabel II en Pau. Su instalación en el castillo de Enrique IV: estilo de vida, devociones y excursiones

La improvisada adaptación del vetusto y semiabandonado castillo de Enrique IV para recibir y alojar a la ex-soberana española, su familia y séquito más inmediato, reactivación de las reformas iniciadas tiempo atrás para su uso particular por la emperatriz Eugenia, no había concluido a la llegada de estos. Sobre la marcha tuvieron que hacerse no pocos reajustes, de que da puntual noticia el *Régistre de Correspondance* del castillo-palacio en esa época⁴³, y en diferentes secciones de los archivos de la Prefectura⁴⁴ y de la Municipalidad de Pau⁴⁵, instituciones ambas que tuvieron a su cargo la readaptación y mantenimiento de aquel durante la estancia de la ilustre exiliada y de sus acompañantes.

Se decía que los regios refugiados habrían de precipitar su marcha de Pau por causa de las incomodidades del castillo y del creciente frío en el mismo conforme avanzara el otoño y entrase el invierno. En realidad la estancia en Pau fue transitoria desde el principio, como lo prueba las gestiones que de inmediato fueron practicadas en París para buscar un acomodo definitivo, al menos en tanto durase aquel exilio.

De otro lado la prensa local, acaso haciéndose eco de informaciones procedentes del propio castillo, y más exactamente de su gobernador-administrador, el coronel Ibert, encomiaba los esfuerzos realizados día tras día de orden del emperador y de su esposa para hacer no ya habitables sino confortables las habitaciones habilitadas para acoger a los regios huéspedes y parte de su séquito, remodelándolas, amueblándolas y dotándolas de todo lo necesario (menaje de aseo, tocador, cocina, comedor, etc.), como si estuvieran destinadas a acoger a Luis Napoleón y a su mujer. En tal sentido el *Mémorial des Pyrénées* convendría al término de la estancia de los regios huéspedes, en que «... Isabel II ha sido tratada en

⁴³ AChp, *Régistre de Correspondance*. 1868.

⁴⁴ ADPAp, Sec. Immigration politique (Espagne), 1868; Id., Sec. Police (1868).

⁴⁵ AMP, A.C., 1868; Id., Sec. Af. Isabelle II d'Espagne. 1868.

Pau como si del propio emperador se tratase»⁴⁶. A tal efecto se procedió a la adquisición en la ciudad de todo lo necesario, y aquello que no fue hallado, remitido desde París. «Es de justicia decir —insiste la misma información— que la reina y los suyos no han usado sino con la mayor discreción de cuanto ha sido puesto a su disposición».

Y ello pese a la saturación de residentes: 26 en total, incluida la reina, según la expresada fuente informativa. A saber: el rey don Francisco de Asís; Alfonso, príncipe de Asturias; las tres infantas menores: Pilar, Paz y Eulalia —la mayor, Isabel, llegó después—; el infante don Sebastián, primo de la reina, su mujer y sus hijos; la marquesa de Novaliches, primera dama de honor; el marqués de Roncali, ex-ministro de Estado; Marfori, intendente de Palacio; el conde de Ezpeleta, preceptor-gobernador del príncipe; el duque de Moctezuma, el marqués de Villamagna y un Sr. Loza, los tres chambelanes de la reina; los generales Ballesta y Alós, ayudas de campo del rey; el teniente coronel Campos, oficial-ordenanza del mismo; el conde de Oñate, jefe de servicio de la casa de la reina, y los doctores Canal y Alonso, médicos de aquella; las Sras. Valledor y de Gabriel, damas de honor de las infantas, y los tenientes coroneles Adriani y Lorescha, chambelanes del infante don Sebastián⁴⁷.

En la mencionada relación no se descarta la presencia de algún otro. Y, en efecto, los había. Como monseñor Antonio M.^a Claret, confesor de la ex-soberana⁴⁸, o Antonio Ramos de Meneses, creado duque de Baños, administrador y «amigo» del rey⁴⁹. Aparte de la reina-madre M.^a Cristina

⁴⁶ *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 5 de noviembre de 1868.

⁴⁷ *Ibidem*, 6 de octubre de 1868.

⁴⁸ Véanse sus cartas fechadas en Pau entre 7 y 18 de octubre de 1868 en San Antonio María Claret, *Escritos autobiográficos y espirituales*. Edición dirigida por José M.^a Viñas. Prólogo de Juan M.^a Gorricho. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1959, pp. 901-903. Más información sobre la estancia de Claret en Pau en octubre-noviembre de 1868, en Cristóbal Fernández, *El confesor de Isabel II*, Editorial CO. CUL. Madrid, 1964, pp. 492-494. Por el contrario, contra lo que suele afirmarse, sor Patrocinio Quiroga, la amiga y confidente de la reina, no la acompañó a Pau. Aunque escapó también de España, fijó su residencia en las afueras de Bayona, donde fundó un convento, en el cual acogió a la mayor parte de la disuelta comunidad de Clarisas de Guadalajara y a otras monjas huidas de España. Véase Benjamín Jarnés, *Sor Patrocinio. La monja de las llagas*, Espasa-Calpe. Madrid, 1971, pp. 144-154.

⁴⁹ Véase José Antonio Vidal Sales, *Francisco de Asís de Borbón y Borbón*, Planeta, Barcelona, 1995. Información adicional en Pedro de Répide, *Alfonso XII*, 2.^a ed. Editorial Libros y Revistas. Madrid, 1936, p. 9ss.; Ricardo de la Cierva, *La otra vida de Alfonso XII*, Fénix, Ávila. 2000, pp. 126ss; Id., *Vida y amores de Isabel II...*, op. cit., pp. 647ss.

de Borbón, su segundo esposo, numerosa prole y sirvientes, que se reunieron con Isabel en Pau al ser evacuados por una fragata francesa desde el litoral asturiano, donde veraneaban. Estos, como alguno de los antes mencionados, hallaron acomodo en otras residencias y hoteles. Igual que los numerosos exiliados acogidos en la hospitalaria ciudad e inmediaciones tan pronto se tuvo noticia del episodio de Alcolea, e incluso antes. *El Mé-morial des Pyrénées*, de 29 de septiembre, no dejó de hacerse eco de la avalancha que se les vino encima. Los hoteles estaban ya a rebosar, y ello pese a que localidades como San Juan de Luz, Biarritz y sobre todo Bayona, estaban tanto o más saturadas que Pau. De políticos comprometidos con el declinante y pronto caído régimen, pero también de emigrados progresistas, unionistas y demócratas contrarios al derrocado régimen isabelino, y que todavía no habían retornado a España.

La sola presencia de la reina Isabel, familia y séquito en Pau, por el momento *sine die*, conllevaría múltiples desvelos, cuidados y gastos para la Administración francesa, y muy especialmente para el coronel Ibert, gobernador del castillo-palacio donde residían, y por tanto responsable de su bienestar y seguridad. De ello era consciente la prensa local, a cuyo atento seguimiento ya me he referido. Sin embargo es el *Régistre de Correspondance* del castillo⁵⁰ la fuente básica para conocer *desde dentro* el día a día de las seis semanas de estancia en el mismo de los regios exiliados y sus acompañantes, y sobre todo cuanto se refiere a la total y compleja remodelación de la fortaleza para que pudiera cumplir a plena satisfacción la función que le había sido señalada.

Apenas tuvo noticia el coronel Ibert de la decisión del emperador de hospedar a los regios exiliados en el centro por él regentado, en tanto no hallasen un acomodo definitivo, presentó al administrador general del Patrimonio de la Corona varias relaciones de mobiliario, enseres y otros objetos imprescindibles para el cotidiano uso de los huéspedes, así como autorización para adquirirlos sin demora. Comenzando por el equipamiento de camas y baños⁵¹. La actividad febril de Ibert permitió tenerlo todo a punto en tres días. Entre tanto, utilizaron el Hotel de France, corriendo todo a cargo de la Administración francesa.

Un alarde ese de eficacia, habida cuenta de que se le avisó de la llegada de la soberana española y los suyos «... con tres horas de anticipa-

⁵⁰ AChp, Sr. Correspondance Générale (1865-1869).

⁵¹ *Ibidem*, nºs. 203-205 (1.º de octubre de 1868).

ción»⁵², y de que hubo de acomodarse dignamente a casi cuarenta personas. Se ocupó de todo: elegir y adecuar las habitaciones, y amueblarlas y equiparlas de forma acorde con sus respectivos destinatarios. El día 3 de octubre, tercero desde la llegada, casi todo estaba resuelto. Alguien se percató en el último momento de que no existía combustible suficiente para asegurar la calefacción y fogones de cocina de casi medio centenar de habitaciones. ¿Qué hacer? Ibert tenía soluciones y las aplicó satisfactoriamente, pero necesitaba carta blanca para actuar, a lo cual se resistía el administrador general del parisino Palacio Imperial, del cual dependía, dado que el castillo de Enrique IV, rehabilitado por Napoleón III y su esposa como una de sus residencias veraniegas, aunque apenas la visitaron, dependía de aquel.

Con el reacondicionamiento, amueblado y decoración del edificio, acorde con las necesidades y preferencias de sus nuevos inquilinos, sucedió otro tanto⁵³. Incluso en el caso de peticiones casi de capricho de la reina y el rey como los sesenta mapas solicitados para colgar en paredes a modo de tapices, la recolocación de las alfombras del salón en los dos dormitorios reales, o que se facilitase a los regios huéspedes 24 docenas de servilletas de Alençon, aparte la dotación para ellos y los demás inquilinos de grandes cantidades de equipos y vestuario para dormitorios, baños, comedor y cocina, y los arreglos de infraestructura sugeridos a ebanistas, cristaleros, carpinteros, pintores, tapiceros y otros técnicos llegados de París. Cuantas peticiones le eran presentadas, Ibert las atendía de forma inmediata, sin aguardar autorización de la superioridad. En el caso de muebles o equipos, sin esperar los envíos de París, cuando resultaba factible los buscaba en la residencia imperial de Biarritz, mucho más próxima⁵⁴, o simplemente procedía a su adquisición en Pau. «Tengo el honor de informar —escribiría en 7 de octubre al parisino administrador central⁵⁵— que ayer, en el momento de servir la comida de la reina Isabel II, su jefe de cocina me pidió bandejas alargadas para el pescado, pues no halla ninguna a su disposición. Me he sentido en la obligación de enviar a buscarlas a la ciudad, y adjunto la factura correspondiente».

⁵² *Ibidem*, n.º 207: Ibert al ministro gerente del Palacio Imperial, Pau 1.º de octubre de 1868.

⁵³ *Ibidem*, n.ºs. 209-213.

⁵⁴ *Ibidem*, n.º 214.

⁵⁵ *Ibidem*, n.º 215.

En cuanto a los alimentos, bebidas, artículos de aseo y otros gastos más o menos menudos, también era remitida a la superioridad en París relación de existencias, compras y su importe, etc., siempre con facturas y otros documentos acreditativos. Varios inspectores fueron enviados a Pau para supervisarlos todo. Entre ellos cierta Mlle. Plé, agente del conservador del Material Central, cuya meticulosidad rayana en el preciosismo resultaba harto incómoda a los gestores de Pau. Pero sobre todo los trabajadores de mantenimiento no tuvieron un momento de respiro para hacer habitable el vetusto castillo, a juzgar por las facturas de material y jornales presentadas. Aunque todo ello era una bagatela comparada con la previsión de gasto hecha para el caso de que doña Isabel, familia y séquito permanecieran en Pau hasta finales de año⁵⁶. Si a ello sumamos los casi infinitos cuidados que conllevaban para el gobernador Ibert el cumplimiento exacto del protocolo de palacio y la seguridad de sus regios huéspedes, sobre todo durante sus frecuentes paseos y excursiones, se comprende el alivio con que recibió la noticia de que estos darían por terminada su estancia en Pau a comienzos de la 2.^a semana del siguiente mes de noviembre.

Estilo de vida, recepciones, teatros, conciertos, excursiones y lecturas. El Manifiesto isabelino de octubre a los españoles

El ambiente que se vivía en Pau, próximo el despegue de la estación invernal, no podía ser más cosmopolita. «Nos encontramos en estos momentos en plena temporada de invierno —se lee en el *Mémorial des Pyrénées* de 22 de octubre, que no duda en anticipar un tanto esa estación—. Extranjeros de todo rango y toda nacionalidad confluyen cada día en mayor número sobre nuestra ciudad, cuyos apartamentos y villas conocen un continuo trasiego, y las calles de la urbe se ven atestadas en todo momento de carruajes, equipajes y elegantes paseantes, presentando una animación desusada». Añade que los visitantes regresaban año tras año, ganados por el agradable aspecto de la urbe, la amabilidad de sus habitantes, y sobre todo por su clima frío, seco y sano recomendado por todos los médicos de Europa y América. Pero atraídos también por las numerosas

⁵⁶ *Ibidem*, n.º 225: Ibert al ayudante general del Palacio Imperial, Pau, 22 de octubre de 1868.

y agradables distracciones del lugar: paseos, carreras de caballos, representaciones teatrales y de ópera, conciertos de música, ejercicios cinegéticos, deportes diversos, y sobre todo emotivas excursiones al Pirineo, a que eran tan inclinados sobre todo británicos y norteamericanos, rememorando así las proezas de Cook, Livingstone o Stanley.

Los reyes daban un paseo diario de una hora en carruaje por el campo. A veces también por la ciudad. Acostumbraban asistir a misa en la iglesia parroquial de Saint-Martin, oficiada por el párroco-arcipreste de Pau. En esos desplazamientos solían concurrir numerosas personas a su paso. «Ella —anota el *Mémorial*⁵⁷— respondía graciosamente a los respetuosos y unánimes saludos de la población».

Algunas tardes los paseos en carruaje podían prolongarse hasta cinco horas, recorriendo atrayentes parajes pirenaicos de piedemonte o de la comarca. De regreso, solían apearse a uno o más kilómetros de la ciudad, para llegar a esta en largo paseo a pie, en tanto los coches seguían a prudente distancia. En más de una ocasión visitaban el hipódromo de Pau. «Su Majestad la Reina, que se expresa muy bien en francés —referirá el mismo periódico⁵⁸—, se informa sobre la programación de carreras y sobre las razas y características de los caballos que toman parte en ellas». A juicio de ese reportero la soberana era bastante entendida, dejando absortos a sus informantes por sus conocimientos, dado que en Francia las carreras de caballos dice ser tan innatas al pueblo como las corridas de toros en España.

En sus excursiones Isabel y Francisco gustaban detenerse en santuarios y lugares de devoción. No estuvieron en Lourdes, que por entonces comenzaba a ser centro de peregrinaciones, sin duda por quedar el lugar algo desplazado del radio inmediato a Pau en donde tenían lugar sus desplazamientos. Pero visitaron uno por uno, y en diferentes momentos, casi todos los templos y ermitas de la comarca. Entre ellos la Capilla del Carmen, en su conmemoración anual de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, que atraía a numerosos devotos de Pau y entorno.

Al término de varias semanas, en los días inmediatos a su marcha, las salidas fueron exclusivamente a pie y por la ciudad. Solían detenerse en establecimientos comerciales, en donde entraban y adquirían objetos para regalo. Frecuentaban especialmente una tienda de música, y sobre todo

⁵⁷ *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 3 de octubre de 1868.

⁵⁸ *Ibidem*, 10 de octubre de 1868.

otra de fotografía, en donde eran expuestos retratos suyos, en los cuales aparecían revestidos de insignias reales, sin duda para venderlos a los numerosos emigrados españoles que pululaban por la ciudad.

Tanto Isabel como su esposo y séquito, al margen de su vida privada, en ocasiones un tanto irregular, como era el caso de la propia reina, era gente muy devota. Casi de misa diaria. Los reyes, sus hijos y parte del séquito, la oían a media mañana en la iglesia de Saint-Martin, en tanto otros como el infante don Sebastián en la de Saint-Jacques, también no lejana al castillo. En cuanto al P. Claret la decía muy temprano —sobre las 7 h.— en la capilla del Hospicio.

La primera misa celebrada para la familia real en la capilla del castillo lo fue el domingo 18 de octubre, dado que con anterioridad los trabajos de acondicionamiento de esta lo habían impedido. Las oficiaba casi siempre el P. St.-Guily, titular de Saint-Martin y arcipreste de Pau, y en su defecto el P. Claret. En lugar preferente se situaba la reina y su familia, y detrás el séquito, llevando todos ropas negras u oscuras, pero también luciendo hábitos de órdenes militares y uniformes, con las correspondientes bandas y condecoraciones. También las frecuentaban el gobernador del castillo y algunas damas con opulentos vestidos de sobrios colores, y la servidumbre. «Con algo de imaginación —referirá un observador⁵⁹— se creería uno transportado a la Real Capilla de El Escorial». Tras oír la misa, concluye nuestro informante, la reina y su comitiva se retiraban a sus habitaciones —las de Isabel y su esposo separadas, pero no distantes contra lo que maliciosamente se decía en la ciudad—, y lo hacían cruzando por las salas de la biblioteca, en la cual «... se detiene ella unos instantes para examinar diferentes volúmenes».

En el último domingo de estancia en Pau, festividad de Todos los Santos, en lugar de la acostumbrada misa de diez y media, tuvo lugar una especial a modo de despedida y con amplia concurrencia, también en la capilla del castillo y oficiada por monseñor Claret. A las nueve se dijo otra más íntima para el rey, príncipe, infantas y séquito, oficiada por el capellán adjunto de Claret. A ella concurrieron algunos clérigos próximos a los monarcas, entre los cuales el superior y varios religiosos de la Casa-residencia de la Compañía de Jesús en Pau.

La reina visitó en varias ocasiones este establecimiento, situado en la rue Montpensier, y también las obras de ampliación de su iglesia, llamada

⁵⁹ *Ibidem*, 27 de octubre de 1868.

a convertirse en «... verdadera joya arquitectónica por sus elegantes proporciones y la calidad y variedad de su ornamentación escultórica»⁶⁰, todo ello coronado por una colosal imagen de la Virgen, accediéndose hasta allí por un camino jalonado de cruces y relieves esculpidos. Ni qué decir tiene que Isabel coadyuvó con un generoso donativo a la financiación de esas obras, gesto que posibilitó su rápida finalización —el ampliado templo fue inaugurado días después de marcharse los reyes para instalarse en París—, rasgo de generosidad impulsado por el hecho de que ese centro hubiese acogido a varios de los jesuitas expulsados de Madrid por su Junta revolucionaria, y en pos de los cuales llegaron otros procedentes de diferentes puntos de España.

Generosidad esa muy propia del talante dispendioso de Isabel II, que aparte no saber administrarse, cosa que siempre hicieron por ella gestores por lo general desaprensivos y con frecuencia amantes suyos, no otorgaba valor alguno al dinero, aunque no siempre le sobrase, como sucedió en los primeros tiempos de su exilio. Ciertamente no marchó con lo puesto, como alguien dijo, pero dejó la mayor parte de sus pertenencias en Madrid, dado que al abandonar la ciudad se llevó solamente lo necesario para pasar la temporada de verano en el Norte. «Se dice —referiría a comienzos de octubre un periódico de Oloron, localidad no lejana de Pau⁶¹— que la ex-reina ha hecho reclamar al Sr. Madoz, presidente de la Junta [revolucionaria establecida en la capital española] los objetos preciosos y el vestuario que dejó en Madrid, y que hallándose sin dinero, ha concertado un préstamo de 25 millones de reales, es decir 3.903.500 francos».

El ceremonial de la corte isabelina en Pau no experimentó cambios sustantivos respecto al seguido en Madrid. «Las personalidades del séquito de S.M. —se lee en el periódico local de máxima difusión⁶²— observan en su presencia la más severa etiqueta, hablan en voz baja, y manifiestan el más profundo respeto hacia aquella». Refiere que la reina recibía de sus agentes cartas e informes casi todos los días sobre la marcha de los sucesos de España, trataba asuntos de Estado con los políticos de su entorno, y leía con regularidad los periódicos de Pau, París y Roma, que le llegaban puntualmente a través de un librero local distribuidor de prensa. Todo ello tras el desayuno y oír misa.

⁶⁰ *Ibidem*, 31 de octubre de 1868.

⁶¹ *Glaneur d'Oloron*, 10 de octubre de 1868.

⁶² *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 27 de octubre de 1868.

Sin embargo de sus actividades políticas, que las tuvo, apenas se hizo eco la prensa local y regional, más interesada en la vida personal y familiar de la ex-reina, su marido y séquito, pero que pueden seguirse a través de la documentación diplomática ya mencionada, y de testimonios coetáneos ya publicados. Sin duda su actuación política de superior resonancia fue su *Manifiesto a los españoles* de 30 de septiembre de 1868, emitido desde el castillo de Pau tan pronto puso el pie en esta ciudad, protesta oficial y solemne contra su destronamiento, emitida en nombre propio y de su hijo el príncipe de Asturias, y que tuvo amplia difusión⁶³. Documento que fue seguido días más tarde de otro similar e informativo dirigido a los representantes de las potencias extranjeras acreditadas en París⁶⁴, transmitiéndoles su versión sobre su destronamiento y sobre los recientes sucesos de España.

Los contenidos del *Manifiesto*, obviamente, merecieron el rechazo en ambientes antiautoritarios, incluso en Pau y su entorno. «Isabel se imagina todavía —refiere E. Bresson en un duro editorial publicado en *Le Libéral Bayonnais*⁶⁵— que los pueblos pertenecen a sus reyes como los campos, las casas y las bestias son pertenencia de sus legítimos propietarios. Insiste largamente en sus derechos violados y desconocidos, pero no dice una palabra sobre sus deberes, como si no tuviera nada que reprocharse, y como si los príncipes no tuvieran que dar cuenta alguna por su actuación. Olvida que los pueblos también tienen derechos, los cuales están por encima de los que invocan tan solemnemente sus soberanos... ‘*La gloria del pueblo español [—dice Isabel—] ha sido siempre la de sus reyes*’. Admitámoslo. Y es precisamente por lo que España os descalifica, porque no se halla suficientemente glorificada por vuestro reinado». Bresson concluiría su alegato, no sin un punto de aviesa intención, afirmando que semejante *Manifiesto* sin duda fue redactado «... en colaboración con el padre Claret y Marfori».

Sea como fuere, tan negativos enjuiciamientos de su actuación pasada y presente no quitaban el sueño a doña Isabel, que se sentía más reina que nunca. Después del paseo matutino con su esposo, sin perjuicio de oír, en su caso, a los miembros del séquito, concedía algunas audiencias. Sobre todo a emigrados españoles afectos a su causa, pero también a extranje-

⁶³ Texto íntegro en *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 6 de octubre de 1868. Existen del mismo múltiples reediciones.

⁶⁴ *L'Indépendant des Basses Pyrénées* (Pau), 14 de octubre de 1968.

⁶⁵ *Le Libéral Bayonnais* (Bayonne), 6 de octubre de 1868.

ros. Por ejemplo, la otorgada a Alberto Grimaldi, príncipe soberano de Mónaco, y formado en la Armada española, en la que había prestado servicio largo tiempo durante el reinado de Isabel. Consta⁶⁶ que apenas tuvo noticia de su derrocamiento y exilio, se desplazó expresamente a Pau para rendirle sus homenajes.

El teatro era una de las aficiones de doña Isabel y bastante común entre los aristócratas emigrados. En particular el infante don Sebastián, muy dado a estos selectos pasatiempos. El «Teatro de Pau» era conocido dentro y fuera de la región por su densa y escogida programación. La del invierno de 1868-1869 estuvo a cargo de la «Compagnie Lyrique Français de Grand Opéra, Opéra-Comique et Vaudeville», dirigida por cierto Mr. Mounier de Joly. Contaba con una veintena de cantantes-actores solistas, aparte los coros, otros veinte músicos de la orquesta, dirigida por un Mr. Duval, y 19 empleados, tramoyistas, cuidadores del vestuario, etc., de los cuales nueve mujeres, comenzando por Mme. Monnier, «1.^a cantante ligera»⁶⁷.

Se iniciaron las representaciones en 22 de octubre a las ocho de la tarde, dos semanas antes de la marcha de la reina española y de su séquito, clientela fiel del espectáculo. Se interpretaron en ese y días consecutivos dos piezas diferentes: *Brouillés depuis Wagram*, vodevil de un acto, y *La fille du Regiment*, ópera cómica en dos actos⁶⁸. En 3 de noviembre, tres días antes de la marcha del cortejo isabelino a París, comenzó a representarse la ópera de Donizetti, *Lucía de Lammemoor*, y sin duda a modo de homenaje a los españoles y su reina, se anunciaba la inmediata representación de *El barbero de Sevilla*⁶⁹.

Atrayentes distracciones en Pau eran también los conciertos. Tenían lugar dos por semana, por la tarde y al aire libre, corriendo a cargo de la banda del 58 Regimiento de Línea, de guarnición en la plaza. En 8 de octubre, por ejemplo, fueron interpretadas las siguientes seis piezas: *Redoble oriental* de Sellenick; *overtura de Semíramis*, de Rossini; *Mabel*, vals de Godfrey; *Miss*, de Bonnot, y un fragmento de la ya mencionada ópera *Lucía de Lammemoor*. Este repertorio, mantenido durante tres semanas, fue renovado a comienzos de noviembre, hallándose Isabel todavía en Pau, con otras piezas de Sellenick, Adam,

⁶⁶ *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 10 de octubre de 1868.

⁶⁷ *Ibidem*, id.

⁶⁸ *Ibidem*, 22 de octubre de 1868.

⁶⁹ *Ibidem*, 22 de octubre de y 5 de noviembre de 1868.

Duard, Brunet, y fragmentos de Meyerbeer y de *El trovador* y *La africana* de Verdi⁷⁰.

A la vista de los testimonios recogidos queda claro que teatro y conciertos, tan del gusto de Isabel II y de la mayoría de sus acompañantes, no lo eran tanto de su marido. Por el contrario, en cuanto a los libros, en el caso de la reina apenas iba más allá del mero curioso de regreso de la capilla a sus habitaciones, utilizadas más que como sala de lectura, como estancia de reuniones con personas de su séquito —Marfori en particular—, o con las mujeres del personal del castillo, con las que tuvo algunas diferencias, sobre todo cuando la marcha a París fue inminente.

Antes al contrario, el consorte de Isabel, con mucho tiempo disponible, especialmente por las mañanas, que se le hacían interminables, yendo más allá del curioso, pasaba largos ratos en la biblioteca examinando uno por uno sus libros. «El rey don Francisco de Asís —informará a sus lectores el *Mémorial des Pyrénées*⁷¹—, durante su estancia, ha dedicado muchas horas a examinar las obras que integran la hermosa biblioteca recientemente adquirida de Mr. Manescau por S.M. el Emperador, y que contiene tantos documentos raros y curiosos sobre la historia de Enrique IV y sobre España». Pero no eran documentos y libros el objeto exclusivo que atraía la curiosidad e interés del rey consorte. También el restante patrimonio artístico y cultural de la casa. «Este príncipe —indica la misma fuente— ha formulado en relación con los preciosos tapices que cubren los muros del castillo diversas apreciaciones que demuestran sus gustos artísticos».

El viaje a París y definitiva instalación de Isabel en la capital francesa

Desde la llegada a Pau de la regia exiliada a nadie cupo la menor duda de que su estancia sería transitoria, y por tanto breve, por haber convenido en ello la ex-reina y sus anfitriones, los soberanos franceses. Como ya ha quedado referido, el destino final de Isabel y su séquito era objeto de general especulación. Aunque ella tuvo decidido desde el principio instalarse en París, los preparativos para poner en ejecución tal plan se hicieron con toda discreción, como lo prueba las continuas especulaciones de la prensa

⁷⁰ *Ibidem*, 8 y 22 de octubre de, 5 de noviembre de 1868.

⁷¹ *Ibidem*, 5 de noviembre de 1868.

al respecto. Hasta el punto de que tres semanas después de la llegada a Pau de la regia comitiva, un periódico local convendría en que «... nadie conoce las intenciones de Isabel II sobre este asunto»⁷².

Desechada por la opinión pública varias posibles opciones relacionadas con Italia: Parma o Nápoles, vinculadas a los ya también derrocados Borbones italianos, y sobre todo Roma, asilo ofertado por el papa —llegó a decirse que Pío IX tenía ofrecido a los regios exiliados como residencia en la Ciudad Eterna su propio palacio del Quirinal—, se habló entonces de Marly y otras localidades francesas más o menos próximas a París. E incluso del castillo de Amboise, sobre cuyo traslado al mismo de Isabel y los suyos circuló el rumor infundado⁷³ de que lo gestionaba el propio Gobierno revolucionario español, interesado en alejar de la frontera a la ex-reina.

Finalmente no cupo la menor duda de que Isabel había optado por la capital francesa, a juzgar por filtraciones de su entorno relacionadas con la adquisición de una mansión parisina que le sirviera de residencia. El traslado desde Pau a París, fijado para el 6 de noviembre, fue dado a conocer a la prensa con escasa antelación. «La reina Isabel —informaría dos días antes *L'Indépendant* a sus lectores⁷⁴— abandonará Pau el viernes [día 6] a las 7 de la mañana en un tren especial».

Cuando ello se supo no cogió por entero de sorpresa, dado que desde finales de octubre los periodistas mejor informados venían haciéndose eco de rumores al respecto en la prensa local. «Creemos saber que la reina Isabel no tardará en trasladar su residencia a París —referirá el *Mémorial des Pyrénées* en el número correspondiente a 29 de octubre—. Es cierto que el señor Oñate, que ha sido designado inspector de palacio, se halla en la capital y se afana en encontrar una mansión adecuada. Probablemente en los primeros días del mes de noviembre ella se instalará en un hotel de los Campos Elíseos».

En efecto, el conde de Oñate venía haciendo gestiones en tal sentido en París desde mediados de octubre. La adquisición del palacio Basilewski no fue conocida hasta el último momento, hallándose ya la reina en la capital. Con anterioridad hubo especulaciones para todos los gustos, si bien la mayoría convenía en que «... ella ocupará un hotel en los Campos Elíseos, no lejos de la mansión adquirida por la reina Cristina; porque

⁷² *Ibidem*, 20 de octubre de 1868.

⁷³ *L'Indépendant des Basses-Pyrénées* (Pau), 23 de octubre de 1868.

⁷⁴ *Ibidem*, 4 de noviembre de 1868.

pese a todos los rumores que han circulado, ambas infortunadas princesas no han dejado de hallarse en la más perfecta inteligencia, y serán felices de coincidir en París»⁷⁵.

La antevíspera de emprender la marcha, los reyes concedieron una audiencia especial a las autoridades del castillo, es decir al coronel Ibert, *régisseur* o gobernador-administrador del mismo, así como a su ayudante, al arquitecto y al bibliotecario. Departieron con ellos y obsequiaron a cada uno con un regalo en recuerdo de su estancia y en reconocimiento por sus servicios y atenciones. Al propio tiempo la reina hizo escribir a Marfori una carta dirigida al prefecto del Departamento, que ella firmó, expresándole su reconocimiento y adjuntándole la suma de 1.341 francos-oro, equivalente a un mes de sueldo de todos los empleados del castillo, para que éste procediera a su distribución entre los interesados. La carta fue publicada en la prensa⁷⁶.

No fueron esas las únicas dádivas de la regia pareja. Al templo arciprestal de Saint-Martin, que fue su parroquia mientras estuvieron en Pau, y cuyos cultos frecuentaron, otorgaron un obsequio ciertamente digno de reyes (custodia, copón y vinajeras de oro y plata incrustados de pedrería), entregado todo ello al rector St.-Guily, con una carta en reconocimiento por la atención pastoral y consuelo espiritual que les dispensara durante las semanas de estancia en la ciudad. Carta esa que el arcipreste también hizo publicar en la prensa⁷⁷.

Tal como estaba previsto, la ex-soberana española, su esposo y séquito emprendieron el viaje a París en tren especial el día 6 de noviembre a las 7 de la mañana. Fueron despedidos oficialmente por el prefecto del Departamento de los Bajos Pirineos, acompañado del barón Etigny, secretario general de la Prefectura; Mr. Larrabure, alcalde de Pau y diputado en la Asamblea Nacional, y por el alto personal del castillo-palacio de Enrique IV. Además de cumplimentar a los regios viajeros, entregaron a la reina un magnífico ramo de flores. La hora temprana y el mal tiempo no impidió que acudiera cuantioso público a despedir a los reyes españoles y comitiva. A su vez, en diferentes puntos del trayecto inmediato a la salida, como el puente sobre el río Jurançon, se agruparon numerosas personas para aclamar a la soberana al paso del tren, aclamaciones a las que doña Isabel correspondió con no menor efusión, agitando muchas veces

⁷⁵ *Mémorial des Pyrénées*, 29 de octubre de 1868.

⁷⁶ Reproducida en *ibidem*, 7 de noviembre de 1868.

⁷⁷ Véase en *ibidem*, 12 de noviembre de 1868.

su pañuelo. Todo ello, según el *Mémorial des Pyrénées*, órgano oficioso del Departamento.

La misma fuente aporta detalles de la despedida⁷⁸, que transcribe con evidente simpatía. Da noticia, además, de haber recibido los reyes la víspera a cuantas personalidades quisieron complimentarles, aparte de despedirse del personal subalterno del castillo —del titular lo hicieron un día antes, según ha quedado referido—. Concluye que el paso por Pau de Isabel de Borbón y sus acompañantes, al conocerles directamente, había servido para disipar las prevenciones que subyacían contra los regios refugiados.

El *Mémorial* publicaría también, en castellano y francés, el breve pero emotivo discurso de despedida dirigido al prefecto por la reina en nombre propio y de su esposo instantes antes de emprender el viaje. Un discurso plétórico de reconocimiento por las atenciones recibidas del emperador, de las autoridades y vecindario de Pau, y del pueblo francés en general, durante tan grata estancia en la ciudad en tan afflictivas circunstancias para ella, su familia y leales vasallos. Helo aquí:

«Señor Prefecto:

Al salir de Pau para fijar por ahora nuestra residencia en París, llevamos gravado en el alma el gratísimo recuerdo de vuestras atenciones, de las que con nosotros ha tenido el Maire y las demás autoridades de la Ciudad, y el más cariñoso reconocimiento hacia todos los habitantes de esta noble tierra de Francia que tantas y repetidas muestras de consideración y respeto nos ha tributado.

No quedarían satisfechos los deseos de nuestro corazón si dejáramos de deciros que, a sernos posible el total consuelo de nuestra aflicción por la desventurada suerte de la amada patria, aquí, en Pau, lo abríamos hallado, merced a los favores del Emperador, y al modo cumplido de secundarlos que Vos, Señor Prefecto, habéis tenido.

Al llegar a vuestras manos esta sincera manifestación de nuestros sentimientos, os rogamos que la transmitáis a todos aquellos a quienes no nos es dado comunicarla como querríamos, y nos lisonjemos con la esperanza de que no nos olvidareis, como nunca olvidarán a Pau, a sus moradores y a sus autoridades los Reyes de España.

ISABEL.—FRANCISCO DE ASÍS

Pau, a 11 de noviembre de 1868»⁷⁹

⁷⁸ *Ibidem*, 7 de noviembre de 1868.

⁷⁹ *Ibidem*, id.

Versión diferente de la despedida, y desde luego bastante más crítica, es la aportada por *L'Indépendant des Basses-Pyrénées*, editado también en Pau, periódico de ideología demócrata, y próximo al republicanismo. «La reina se ha marchado —referirá con frío laconismo⁸⁰—. Demasiadas expresiones de deferencia por nuestra parte y demasiadas cortesías de los demás. Nadie nos hará creer en la sinceridad de esas *demonstraciones de simpatía* de una parte de los habitantes de Pau».

Un mes más tarde, al rememorar este periódico la todavía reciente visita a Pau de Isabel de Borbón⁸¹, entendería que la misma no favoreció precisamente la imagen abierta y progresista que se tenía de la ciudad-balneario, como tampoco ayudó a unas convenientes buenas relaciones de Francia con el nuevo régimen español ni a las mantenidas entre los dos pueblos. Por ello, cuando Isabel, al marcharse, remitió carta de agradecimiento al prefecto y autoridades de Pau, de la cual se hicieron eco los medios de comunicación, *L'Indépendant* la consideró innecesaria, e incluso contraproducente y ofensiva, para los sentimientos democráticos de no pocos vecinos de la ciudad, aliviados con la marcha de la autoritaria ex-reina.

Refiere un corresponsal del *Glaneur d'Oloron*, a quien seguimos⁸², que el trayecto hasta París lo fue vía Orleans y sin incidencias reseñables, y concluyó en la nueva estación del Midi, recientemente inaugurada. Llegaron sobre las 11,35 de la mañana. Acondicionados varios salones para cumplimentar oficialmente a la ex-soberana y su cortejo, fueron abiertos también al público para posibilitar el acceso a los numerosos emigrados isabelinos y otros simpatizantes que deseaban saludarles. Entre general expectación descendieron del vagón real el príncipe y las infantas, el P. Claret, el rey consorte y finalmente doña Isabel. Seguidamente la restante comitiva que iba a bordo de los otros vagones del convoy. En total 47 personas. Concluidos cumplimientos y saludos, el cortejo se instaló en varios coches de caballos y se encaminó a la mansión de Rohan, situada en el 172 de la céntrica rue de Rivoli, preparada para acogerles.

Se trataba de un inmueble de cinco plantas, alquilado como vivienda provisional, en tanto los agentes de Isabel no tuvieran disponible la definitiva. Los bajos quedaron para oficinas. La primera planta fue ocupada por la reina y sus hijos; la segunda y tercera por Ezpeleta y los otros dig-

⁸⁰ *L'Indépendant des Basses-Pyrénées* (Pau), 9 de noviembre de 1868.

⁸¹ *Ibidem*, 2 diciembre, 1868.

⁸² *Glaneur d'Oloron*, 11 de noviembre de 1868.

natarios del séquito con sus familias, y la cuarta y quinta por el servicio⁸³. Así permanecieron un tiempo hasta la adquisición y acondicionamiento del Palacio Basilewski, rebautizado como «de Castilla», en la hoy avenida Kléber, no lejos de la plaza de la Estrella. Por su parte el rey consorte don Francisco de Asís, de hecho ya separado de su esposa en España casi en los comienzos mismos del matrimonio —residió aparte en el Real sitio de El Pardo y luego en El Escorial—, separación formalizada después en Pau, incluido un concierto económico consistente en el pago por ella a él de una pensión anual de 150.000 francos anuales, pago garantizado por las joyas que portaba la reina⁸⁴, se instaló con su inseparable acompañante Meneses y otras personas que le eran próximas, en un hotelito de la rue Saint-Honoré adquirido al efecto, no distante de la residencia de Isabel. En cuanto a la ex-reina madre M.^a Cristina, se fue a vivir con su segundo marido Fernando Muñoz y con los hijos habidos con éste, a Ruán, donde ocupó un palacete al que llamó «Mon Désir»⁸⁵.

Arrancaba así una segunda y definitiva etapa del exilio isabelino, llamado a prolongarse durante 36 años, hasta el fallecimiento de Isabel II en París en 1904.

⁸³ *Mémorial des Pyrénées* (Pau), 12 de noviembre de 1868.

⁸⁴ Juan B. Vilar, *La España del exilio...*, op. cit., p. 263.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 264.